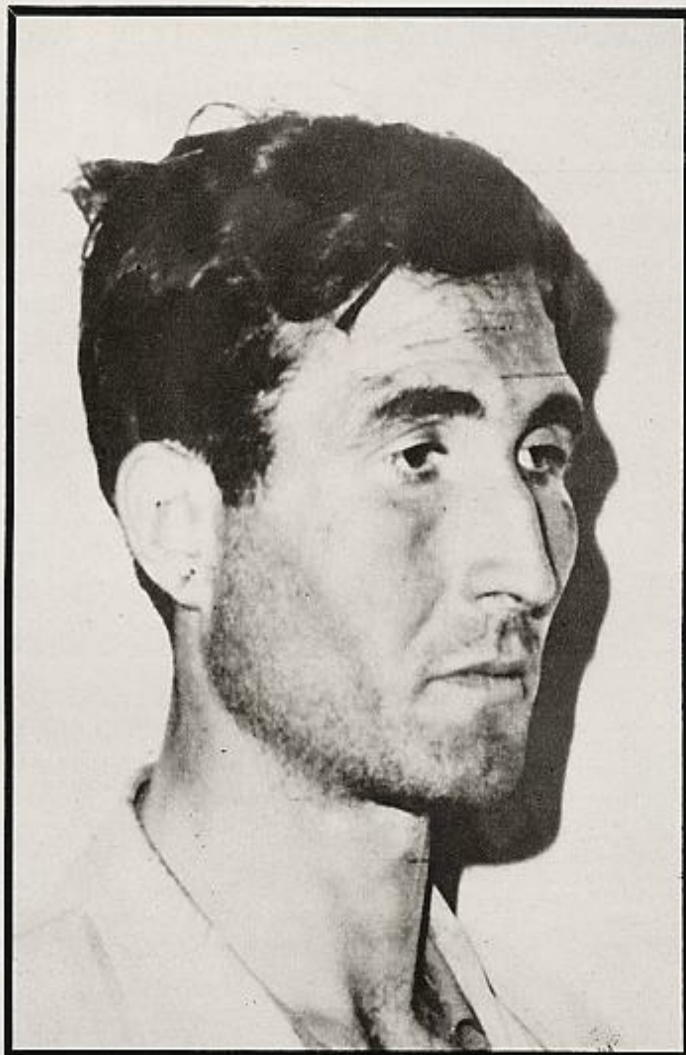


LOS «quinquis» han saltado a la primera plana de los periódicos, al cogollo de la atención pública, muy recientemente, con ocasión de tres hechos delictivos: el robo en una joyería madrileña, que trajo consigo la muerte de una niña de un siniestro balazo, el homicidio en la persona de un guardia civil y, por último, las espectaculares fugas de Eleuterio Sánchez «El Lute», la última de las cuales el 1 de enero de 1971. Antes, nada. Nada en el periodismo, nada en la literatura. Ni en Valle-Inclán, conocedor supremo del hampa rural, de caló y demás hablas de gente itinerante. Ni en Baroja, cuando bucéo en los suburbios madrileños hasta tocar los fondos. Los «quinquis» no se individualizan en la literatura clásica (Cervantes, por ejemplo) y allí viven indiscriminados, mezclados con su prójimo el gitano. Y, desde luego, en la charanga sensacionalista actual no busque usted nada que venga a aclarar la condición de los «quinquis». Si hace caso sacará la conclusión de que son una especie de jauría salvaje de asesinos natos, abocados, por sabe el diablo qué estrella negra, al crimen y a la violencia: mentira salaz. O leerá tonterías como ésta: «Quinqui» es una forma de ser, no unas reglas, no nada concreto». O verá un chiste, cargado de buena fe, que presupone que el «quinqui» es una emanación del chabolismo de las grandes urbes, cosa no cierta. En todo caso, el «quinqui» sería un ser ambulante, con tendencia a matar, robar y resistir a pie firme los interrogatorios. Nuestro país, sin una delincuencia a nivel mafioso, a nivel corso, a nivel yanqui, a nivel París-Marsella, salud a los «quinquis» a los nuevos reyes del crimen, con júbilo. Bandas juveniles del suburbio madrileño se ven capitaneadas por bisoños «me-neurs» cuyo nombre de guerra no es ya «El Zorro» o «Cochise», sino «El Lute» o «El Medrano». El mito del gran delincuente queda así creado, como siempre, sobre humo, sueños y secretos proyectados, como un ectoplasma infame en el que poder descargar nuestro horror, admiración, instinto de transgresión.

Ante todo esto, los «quinquis» se sienten muy molestos e injuriados. Uno de ellos me ha pedido que diga la verdad sobre su gente y respondí a una encuesta muy amplia que le propuse, y que fue completada con una muestra muy amplia de otros «quinquis» con los que tuvo ocasión de charlar durante muchas horas y días. Sobre la base de esta información escribí este reportaje, en el que me propongo demostrar que los «quinquis» constituyen una comunidad dotada de cultura diferencial y que, sea cual fuere la frecuencia del delito en su seno, no constituyen un grupo organizado para el delito. Se nace «quinqui» como se nace ucraniano.

DONDE LOS "QUINQUIS" SE LLAMAN MERCHEROS

Se llama «quinqui», en la actualidad, a distintas gentes. Para entenderlos, comienzo por precisar que este artículo se monta sobre un grupo determinado: los mercheros, al que continuaré llamando así, como ellos se autodenominan. (Atención: no mecheros, que quiere decir otra cosa en argot de golfos; no confundamos.) Los mercheros se consideran separados del común de las gentes, a las que llaman *julais* o *payos*, y separados también de los gitanos, a los que llaman *calorados* (del romaní común *kaló*, negro). También se consideran diferentes de las otras especies de «quinquis», generalmente hojalateros feriantes, a los que, con desprecio, denominan *remuelcos*.



"El Lute", el más famoso de los mercheros.

LOS MERCHEROS MAL LLAMADOS QUINQUIS

Los mercheros viven al margen de las reglas estructurales de la sociedad española, y por ello su actitud ante nosotros (payos) será de cautela, disimulo de sus características diferenciales, silencio sobre los matices peculiares de su cultura, corrazón. Su idea del calorado o gitano es vivamente racista: les consideran flojos; les acusan de falta de resistencia en los interrogatorios, de tendencia a la sujeción; se mofan de sus andares marchosos, doblando mucho las rodillas. Por último, desprecian a los remuelcos por su incuria, por sus hábitos tabernarios, por permitir que las mujeres pidan limosna, por dedicarse a oficios menores (como el de estañador), por nomadear a lomos de burro o a pie.

Los mercheros son rubios con una frecuencia sorprendente. Tienen una mirada audaz y reservada. Se hallan asimilados a la etnia castellana y su área propia coincide con los límites de ambas Castillas, valle del Ebro y Extremadura. Se consideran, además de

«diferentes», los más listos y valerosos de toda la gente del camino y practican una estricta endogamia. Desprecian o desconocen a sus semejantes los *mojanantes* (nómadas del tipo «quinqui» asimilados a la etnia gallega) y no saben nada de la existencia de los *manouchés* franceses, que yo reputo congéneres ultrapiresnaicos y que son unos errabundos de tez clara, muy distintos de los restantes «románichels» franceses, *tziganes* y *gitans*. Muy orgullosos de sí mismos, auto-satisfechos, los mercheros se consideran el modelo perfecto de hombre y nos conceden a las restantes razas y naciones del mundo el beneficio de una humanidad de segunda categoría. Los mercheros son de una terrible seriedad: no cantan, ni bailan, ni cultivan el donaire en el decir. Se agrupan en unas cinco «familias» o clanes, muy numerosos, hasta el punto, se me aseguró, que cada uno consta de unas mil personas. Cada clan respeta más o menos la autoridad patriarcal de un jefe anciano que generalmente se limita a aconsejar. Algunas de estas familias son: «Los Patuos», castellanos; «Los Lunas», extremeños; «Los Calzones», aragoneses (llamados así porque el *baranda* o patriarca usó calzón corto hasta los años treinta).

Este carro estaba pintado de amarillo, con embellecedores dorados, toldo y visera. En la parte trasera, cubierta por la lona, se hallaba el «comedor», donde viajaba el utensilio de cocina: las limpias y relucientes perlas de cobre. De los fondos del carro colgaba, por medio de cadenas, una bolsa cubierta de lona embreada, en la que iban dos arquillas con la ropa de la familia. Dos colchones se amarraban en la parte delantera; en la trasera, un cajón con mercancías para vender. En ocasiones, la caravana se hallaba reforzada con caballos, que servían a los mozos o al padre para movilizarse con rapidez en caso de persecución. En cada carro iba una familia, constituida por un matrimonio y sus hijos. Los viejos, generalmente, entraban a formar parte de la caravana de sus hijas casadas.

LA EPOCA DE LOS CARROS

Hubo un tiempo, que duró hasta 1950 más o menos, en que el merchero recorría incansable la España seca como nómada puro. En aquella época las mujeres peinaban en moño o trenza sus largas cabelleras rubias, vestían largas sayas de colores vivos, se adornaban con pendientes de oro macizo; mientras los hombres, sobrios, acomodaban su terno al de los *julais*. Era la época romántica, la época que yo llamo de los carros, porque toda la vida merchera se articulaba en torno al lujoso carro de Játiva tirado por mulas.

Este caminar duraba lo que el buen tiempo. Llegado el invierno, alquilaban una casa en un pueblo (siempre en pueblos distintos), llevaban relaciones de buena vecindad con los payos sedentarios y mandaban a los chicos a la escuela.

¿Y qué hacían estas gentes por las tierras de Castilla, inhóspitas, en medio de campesinos desconfiados, pauperizados, xenófobos y cristianísimos? Sencillamente, vivir una existencia familiar y libre, comprar, vender y robar.

EL COMERCIO Y EL ROBO

Una regla de oro prohibía robar en el pueblo en que la familia se hallaba acampada. Buscaban, en cambio, por todos los medios, amistad con las familias labradoras, con el maestro, con el cura. Los hombres frecuentaban el café o la taberna y jugaban a las car-

X. L. MÉNDEZ FERRIN



Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa
Sativel Sativel el Sativel Sativel tiv Sa

TERYLENE



estilo y fuerza ambiental

LOS MERCHEROS

tas como un vecino más. Vendían tejidos, bisutería. Compraban plata y oro (ese extraño menester que enriqueció a muchos ambulantes de Bergondo, La Coruña, dueños hoy de notables joyerías madrileñas que con curiosa regularidad son robadas por los mercheros. Véase con qué linda naturalidad la picaresca rural se continúa en la España feliz del desarrollo). Los campesinos pobres adquirirían el utillaje necesario sin necesidad de pagar al contado, pues los mercheros les fiaban hasta la recolección, con lo cual se establecían curiosas relaciones de dependencia económica que los nómadas utilizaban para afianzar su presencia en los pueblos. A su vez, los almaceneros no tenían inconveniente en dárles fiado, pues conocían la prontitud y exactitud en el pago que les caracterizaba. De manera que, mediando únicamente la palabra dada, los mercheros se comportaron siempre como comerciantes irrefragables.

Pero, al mismo tiempo, muchas de estas familias llevaban una actividad paralela de carácter delictivo. Conviene enfatizar, pues la difamación más ciega y estúpida se ha cebado en estas gentes, que no todas las familias mercheras eran delincuentes, ni lo son en la actualidad, aunque sí muchas de ellas, en una proporción que nadie podría determinar.

Los que practicaban el robo se iban fijando en la situación, seguridad y características de las cuadradas, comercios, Ayuntamientos, Cajas de Ahorros de cada uno de los pueblos por donde pasaban, pues estos fueron durante mucho tiempo sus objetivos favoritos. Situada la familia en su casa de invierno, salían los hombres a realizar el *choripén* (robo) o la *sista* (atracó). Una vez efectuado, retornaban sigilosamente al seno familiar. Hasta el año 45 ó 46 predominó el atraco rural, fundamentalmente a curas, fabricantes de harinas, usureros, labradores ricos. El procedimiento clásico (en la actualidad en completo desuso) era el siguiente: hacían un agujero en el ábside del horno adosado a una casa de labor, se metían dentro del horno y, por la puerta de éste, entraban a la cocina (otra práctica muy usada fue el «cuadro» a la puerta principal de la casa). Una vez dentro de la casa, a altas horas de la noche, sorprendían a sus habitantes en la cama, dándoles un susto de muerte. A punta de pistola separaban a los jóvenes de los viejos, a las mujeres de los hombres, comunicándoles, a fin de intimidarles con mayor facilidad. Se amenazaba de muerte al cabeza de familia o se simulaba incluso el asesinato de alguna persona situada en otra habitación. Ahora bien, conviene señalar que los mercheros jamás cumplieron sus amenazas de muerte, por la sencilla razón de que su inflexible código moral les vedaba terminantemente el asesinato (la imagen del «quinqui asesino» difundida por la prensa sensacionalista es completamente falsa). Igualmente, un rígido principio interior les vedaba no solamente el abuso deshonesto de las mujeres de la casa asaltada, sino incluso la más leve falta de respeto o mirada indiscreta. Una vez obtenido el dinero, sugestionado el atracado por toda esta tramoya terrorífica, ataban a las camas a toda la familia y se daban a la fuga, sin cesar de amenazarles de muerte. Es curioso que durante los años cuarenta, en Aragón, los merche-



Chabolas de la colonia de San Fermín, en el kilómetro siete de la carretera de Madrid a Andalucía. Aquí estuvo "El Lute" en la madrugada del 29 de julio para llevarse a sus dos hijos.

ros se hacían pasar por «maquis» en el momento del atraco, con lo que desviaban la indignación popular en dirección de sus antipodas, de forma que la opinión según la cual los guerrilleros de aquella época no eran partisanos, sino atracadores vulgares, resultó ser rigurosamente verdadera en no pocas ocasiones.

En cuanto al *choripén* (del romaní común *churav*, «robar»), se realizaba de manera semejante. Un grupo de mercheros formado por una persona mayor, sus hijos, quizá algún primo o amigo, salían de la residencia de invierno, a caballo (posteriormente se pasó a la moto), bien provisto de ganzúas, «bravas» (palanquetas) y todo el material clásico del «topero». La entrada en el local se llevaba a cabo por el procedimiento de hacerle un «cuadro» a la puerta o por el de practicar el agujero de que hemos hablado y que se llama «soca» en romaní «merchero». Este *choripén* se llevaba siempre a cabo con armas, por si eran sorprendidos. En el caso de que esto ocurriese, amenazaban de muerte al indiscreto y le secuestraban durante el golpe. Como he dicho antes, al ocuparme de la «sista», los mercheros no mataban jamás a sangre fría ni tiraban a dar cuando se veían obligados a realizar disparos.

LLEVARSE A LA MOZO

El centro en torno al cual gira la vida merchera es el de la sociedad conyugal, célula de convivencia en la que se insertan los ancianos (viviendo generalmente junto a su hija mayor casada) y que se funde en una comunidad más amplia que responde al tipo del clan a la cabeza del cual se halla un hombre mayor, de gran prestigio y autoridad moral.

El matrimonio se realiza aun en la actualidad por raptó y siempre dentro de grupos mercheros de un mismo nivel de prestigio. Se rechazan, desde luego, alianzas matrimoniales con remuecos, gitanos y payos. En la actualidad, tanto como en la época de los carros, los padres ejercen una escrupulosa vigilancia sobre las hijas, impidiéndoles salir con muchachos de su edad —mercheros o no— e inculcándoles hábitos de recato social que se reflejaban no hace mucho tiempo en el atuendo: sayas muy largas, cabello igualmente largo y recogido. Esto nunca impidió que, fatalmente, dos jóvenes llegasen a enamorarse, habiéndose a hurtadillas y enviándose mensajes por hermanos menores, puesto que el noviazgo con «status» de prelibertad sexual es algo inexistente en las pautas mercheras. El padre, terrible o intransigente, lleva a cabo un papel de guardián absoluto de la virginidad de sus hijas, no dejándoles otro camino que el de someterse al ritual del raptó, que se ajusta al siguiente esquema.

Un día los jóvenes enamorados se ponen de acuerdo para fugarse. A este acto llaman los mercheros «llevarse a la moza», y no parece vislumbrarse en la expresión la aceptación de la muchacha, aunque de hecho existe siempre. Representan, así, la comedia litúrgica del varón que arrebató por la fuerza a una doncella del campamento paterno. Después de un viaje de bodas, en el que no está forzadamente establecido que se produzca la desfloración de la virgen merchera, los enamorados deciden volver y legalizar su situación ante ambas familias. Primeramente regresará la joven junto a sus padres, para prepararle el camino a su galán. Después se presenta el muchacho delante de su suegro, muy pálido. El padre se considerará ultrajado y demostrará una ira tremenda, mientras el joven adopta una actitud

sumisa y conciliatoria. No obstante, uno y otro se habían provisto de navaja o pistola por si el intercambio de palabras degenerase de manera peligrosa. Por supuesto que estas armas nunca llegarán a emplearse, aunque las mujeres de las dos familias lo temen mucho, o dicen temerlo, y gimotean por las esquinas. Todo resulta de un riguroso convencionalismo y termina con la entrega formal de la muchacha en calidad de esposa para siempre, exigiendo su padre que el novio la proteja y dé buenos tratos. Pero puede ocurrir, caso rarísimo, que el merchero no encuentre virgen —o lo que en su esquema cultural se entiende por virgen— a la mujer que se ha llevado, y en este caso la devuelve con firmeza al padre de ella, diciéndole con claridad que la rechaza porque «está rota», y hallándose apoyado en este rechazo, moral y físicamente, por toda su familia en caso de conflicto armado.

El hecho es que tras las bodas en forma de raptó, el matrimonio queda fundado para toda la vida, sin posibilidad de disolución honorable. Así, si es el marido quien abandona a su mujer, caerá sobre él la reprobación de la familia de ella, de la suya propia y de todo merchero que llegase a tener conocimiento de los hechos. El abandono o infidelidad por parte de la esposa fue algo absolutamente inusitado antes de los años cincuenta y sumamente raro en la actualidad.

El matrimonio merchero se basa en la absoluta sumisión de la esposa al marido y en la dedicación de todos los afanes de éste al mantenimiento de su esposa e hijos, con ocasionales aventuras extramatrimoniales (con payas o gitanas solamente), aspecto este que los casados mercheros tienen en común con muchos de nuestros caballeros.

LOS MERCHEROS

FUERA DE JUEGO

Un aspecto del matrimonio merche-ro que me ha revelado de golpe la condición radicalmente libérrima y marginal de su cultura es el de no hallarse jamás refrendado por el procedimiento canónico. El merche-ro no se bautiza, no cree, vive desligado de la Iglesia católica que rige las conciencias de los labradores castellanos entre los que discurre su vida. No se somete, ni siquiera externamente y por conveniencias, a los ritos eclesiás-ticos. Ni tampoco legaliza sus uniones civilmente, de la misma manera que tampoco ha sido inscrito en el Regis-tro Civil a su nacimiento. Sus hijos tampoco lo serán, y si por alguna cir-cunstancia adversa se ven obligados a asentar un nacimiento, inscriben al niño con un nombre falso, general-mente con el apellido supuesto que llevaba en aquel momento su padre por accidente.

Esta huida de la burocracia y de la Iglesia, que ellos sienten vivamente como lacerantes y opresoras, configu-ran a la sociedad merchera como un grupo marginado radicalmente de la cultura campesina y urbana y portador de un secreto culto: el de la independe-ncia y libertad con respecto a nues-tro mundo, en el cual se integran sólo aparencialmente.

Conviene indicar que por encima del galimatías de los mil nombres, eda-gogías y lugares de nacimiento supuestos —que sirve a los mercheros como muro de defensa frente al Estado y a sus servidumbres más enojosas, como son el servicio militar y la admi-nistración de justicia—, nuestros nómas poseen unos nombres y apellidos verdaderos, que son los que se usan en el seno de la comunidad merchera y que, paulatinamente, se van incorpo-rando a las relaciones con los payos a medida que con la edad se abando-nan las actividades peligrosas.

CULTURA FOLK E INSTRUCCION PAYA

Como veremos más adelante, creo que los mercheros constituyen una antigua etnia, ya asimilada a la etnia castellana en sus rasgos esenciales, que ha perdido su lengua y su cosmo-visión religiosa, conservando restos de aquélla en su habla particular y de ésta nada más que un redondo y com-pleto vacío. En efecto, presionados secularmente a abandonar sus creen-cias y a absorber las del régimen do-minante, han obedecido a la primera parte de la compulsión, pero se abstu-vieron de adoptar un catolicismo de recambio. Podemos decir que los mer-cheros son fundamentalmente acatóli-cos, con secretos instintos anticlerica-les, no practican religión positiva al-guna, y esto tanto hombres como mu-je-res, tanto jóvenes como ancianos. Caracen de mitos cosmogónicos y de la idea de Dios. En su lugar aparecen algunos datos, en avanzado estado de descomposición, que nos remontan a una antigua creencia en la vida ultra-terrena que se ajusta al esquema gi-



"El Lute", detenido después de una de sus espectaculares fugas. La última de ellas tuvo lugar en la noche de fin de año. Todavía no ha sido encontrado.

to). Poseen nociones de contabilidad, habilidad para falsificar (por ejemplo, facturas de almacenes para justificar la tenencia de objetos robados) y, en la actualidad, mecánica de motocicletas y automóviles. Sin embargo, desconfían de la burocracia bancaria y no se sirven de otros valores que piedras y metales preciosos y el dinero tante y sonante, en bolsillos, en fajas, en corsés (en los viejos corsés de ballenas), cosidos en los forros de las americanas, etcétera.

Ya hemos visto cómo, en sus cuar-teles de invierno, enviaban a los niños a la escuela. Pero aunque esto les resultase dificultoso en alguna sazón, los padres y hermanos mayores se cuidaban de enseñarles particular-mente.

Por supuesto que recibían también otro tipo de instrucción. Hasta los diez u once años se les inculcaba los res-petos a la propiedad paya, se les ocultaban las pistolas y demás armas y productos del robo. A los catorce años recibían instrucciones de mentirle a la Guardia Civil, o no contestarle, y se les enseñaba a abrir puertas, hacer gánzías, manejar y desmontar armas de fuego. Y se les inculcaba el código del honor merche-ro.

LOS VALORES DEL MERCHERO

Según este código de honor, no se puede cortejar a mujer (merchera)

Jesús Ríos Romero, detenido en Sa-lamanca el 7 de octubre de 1966 con motivo del asesinato del sar-gento señor Barriga, comandante del puesto de la Guardia Civil de Villaverde, Madrid.



ajena, ni violar (a merchera o paya). Al amante de la esposa se le mata, a violador se le mata. Utilizando el mé-todo que sea. Por ejemplo: si el culpa-ble está en prisión, el vengador hace que le prendan por robo, y allí mata al que ha roto la norma merchera. Los encargados de hacer justicia son los directamente agraviados. Incluso su familia. Pero toda la comunidad merchera (esto es: la propia familia del culpable, la del agraviado y todas las demás familias conocidas) conde-na al que conculca gravemente el có-digo del honor a una especie de muerte civil, consistente en la excomunió-n del clan y de toda la comunidad mer-chera, pena esta que desarraiga y des-moraliza de forma inconcebible al que tiene que sufrirla.

Los viejos mercheros son los cus-todios de estos valores y se pasan sus últimos días dando consejos, que los jóvenes escuchan con respeto. El respeto es un valor que se nuclea en los propios padres y se extiende a los suegros (a los que se trata de usted aunque se tuteasen antes del rapto) y a todas las personas mayores. Así, el que golpea o insulta a los padres de uno debe morir.

Los conflictos de honor personal entre iguales se dirimen en el desafío ritual, que sólo puede terminar en san-gre. Con un payo no importa inter-cambiar unos puñetazos, pero dos mer-cheros no pueden tocarse sin que la disputa termine a cuchillo o a tiros.

Otros valores de los que se enor-gullecen los mercheros son la resis-tencia a los interrogatorios, en los que jamás cantan, y el sentido de la hos-pitalidad, sobre todo con amigos y pa-rientes. E incluso con cualquier des-conocido necesitado de ayuda, la hos-pitalidad merchera es legendaria (como lo es lo implacable de sus vingan-zas) en el universo de los trotamun-dos mesetarios.

Completaríamos este cuadro con el dibujo de otros valores menos visto-sos: considerar imprescindible el disi-mulo, el secreto, el erigir una muralla entre ellos y su enemigo: nosotros, el payo. Nadie conoce, en realidad, a los mercheros. Ni siquiera los payos com-pañeros de aventuras delictivas. Ni creo posible que ningún antropólogo en los años próximos pueda pasar a ocu-par un lugar en su intimidad. Piénsese en que han pasado inadvertidos du-rante siglos, confundidos con travellers subcampesinos y con gitanos, gracias a su reserva y astucia sin límites. Astucia y reserva que raramente se combinan con valor y nobleza de ánimo.

EL PROCESO DE URBANIZACION DE LOS MERCHEROS

A partir de una fecha que situare-mos convencionalmente en 1950, los carros valencianos entran en proceso de desaparición y van siendo sustitui-dos por camiones, en los cuales pasa a viajar la familia merchera. Sin llegar a adoptar la «roulotte» de turismo, como hicieron los gitanos europeos y yanquis, abandonan rápidamente esta fase transitoria del camión y pasan a



Medrano, compañero de Eleuterio Sánchez en el atraco a la joyería de la madrileña calle de Bravo Murillo, posteriormente detenido en la misma ciudad.

la siguiente, en la cual se produce la adaptación a la vida urbana. Primeramente, el cuartel general de la familia deja de situarse en un pueblo de Castilla y se traslada a un piso o a una casita o chabola del suburbio de una gran ciudad: Madrid, Zaragoza, Barcelona. Los remuelcos y mercheros menos pudientes adoptan la vida mísera del bidonville, al lado de gitanos y pobres de toda laya. Con este simple acto, el merchero cambiará su condición de marginado de la sociedad agraria castellana por el de marginado de la sociedad urbana industrial. Cambio que supondrá una fundamental remoción de sus estructuras de conducta y un primer embate contra su sistema de cultura folk, conservado a través de los siglos.

El nomadismo riguroso de antaño se ve sustituido por un nomadismo encubierto. La familia fija su residencia en una ciudad, aunque la cambiará con frecuencia a otra. Pero deja de existir totalmente el nomadismo con mujeres e hijos. Si alguien tiene que viajar para realizar un robo o un negocio legal, viajará sólo el varón o varones de la casa. Las mujeres permanecen en la residencia familiar, esperando. Se produce un cambio en los métodos delictivos, apareciendo las bandas juveniles mercheras, armadas —al revés de las bandas suburbanas payas— y sumamente audaces. Ya no se roban géneros ni ganados, sino dinero limpio, jamonas, joyas. Por otra parte, las abnegadas y admirables mujeres mercheras, que desde tiempos remotos han venido pidiendo a los varones de su familia que se aparten de la delincuencia, parecen haber logrado triunfos parciales. Muchas familias mercheras se dedican a trabajos honrados en el comercio, o como representantes o tratantes, ejercitando su característica astucia mercantil. Algunas muchachas trabajan fuera de casa, visten a la moda paya (en algún caso se ha llegado a usar la minifalda, a pintarse y a fumar, abominaciones que serían imposibles años atrás). Y se dan algunos, muy contados casos de esposas infieles. Aumentan los enlaces matrimoniales, con todos los re-

quisitos legales y eclesiásticos, con payos que, en algunos casos, ignoran incluso el origen de su cónyuge. En general, la cerrada estructura social del merchero, que tenía como base el nomadismo, el pequeño comercio y el robo, se conmociona y comienza a agrietar por todos lados, conservando muchas cosas y renunciando a muchas otras. Se está, así, produciendo un complicado proceso de «recyclage», cuyo alcance total difícilmente podemos precisar cuando desconocemos los rasgos generales de la cultura merchera anterior a este proceso de urbanización y pase a la sociedad industrial.

El más famoso de los mercheros, «El Lute», reaccionó ante las nuevas condiciones relacionándose en el penal del Puerto de Santa María con presos más ilustrados, algunos de ellos universitarios, esforzándose con ayuda de ellos en abrirse camino en el estudio de las materias de Bachillerato, labor en la que también colaboró algún funcionario de prisiones. Puede producir extrañeza, después de toda la literatura superficial que convirtió a «El Lute» en un extraño mito alejado de su verdadera sustancia humana, pero esta especie de almaña, según unos, o de bandido romántico, según otros, era en prisión un aplicado muchacho que leía a Aranguren, a Joaquín Costa, a Lucas Mallada; que estudiaba el «Diario del Che», los «Documentos de Cuba», la «Historia de las agitaciones campesinas» de Díez del Moral y se emocionaba con «La Madre» de Gorki.

Posteriormente, «El Lute» decidió que su última transgresión legal sería la huida de la cárcel, y ejecutó su designio en compañía de otros presos que no lograron su objetivo. Uno de ellos era un anarquista valenciano: Floreal Rodríguez de la Paz, condenado por actividades políticas.

Es posible que en otros puntos de España mercheros jóvenes estén evolucionando de manera semejante. Pero, en todo caso, no serán sino casos aislados, cuando lo que se necesita es una evolución sincrónica de todas las gentes mercheras y una liberación de

sus lastres inservibles en el mundo moderno, conservando los tesoros tradicionales de su cultura: lealtad, sentido comunal, audacia, valor, ansia incontenible de libertad. Naturalmente, nos hallamos en un callejón sin salida, puesto que no sería posible la superación de las servidumbres mercheras sin una radical corrección de la totalidad de la sociedad española. Sin esta renovación colectiva, el merchero se perderá en el magma de la sociedad industrial. O bien proletariándose y accediendo a una esclavitud palmaria, o bien transformando su comunidad folk en una asociación de delincuentes, en una especie de Mafia, o Camorra, o Unión Corsa nacional, con lo que pasará a formas de esclavitud de diferente dimensión, sumamente novelescas, pero degradantes. En uno y otro caso se dilapidaría una cultura, todo un entramado de respuestas al medio, al sustituir ese medio por otro más inhóspito. Para mí sería una pérdida que nos afectaría a todos de alguna manera, al tratarse de una mermada en la riqueza y condición humana. Naturalmente, la empresa de liberación, pérdida de cadenas, desalienación, no es algo que pueda enfocarse desde un solo eslabón. Nos corresponde a todos, payos y mercheros, y todo lo que en sus senos culturales y étnicos se contiene —clases, por ejemplo—, porque es el hombre el que está en juego. Pero a los payos nos corresponde estar con los mercheros, o con el puñado de indios que sobrevivió al genocidio en USA, por ejemplo. Entre tanto, es posible que la cultura merchera naufrague, y será una lástima, porque tendría mucha dinamita y sabiduría de la libertad que enseñarnos a todos los incursos en la cultura que se suele escribir con mayúscula.

¿QUE SON LOS MERCHEROS?

Sobre el origen de los mercheros

cabe, inicialmente, pensar dos hipótesis: que se trate de una antigua etnia degradada o de un grupo de origen subcampesino.

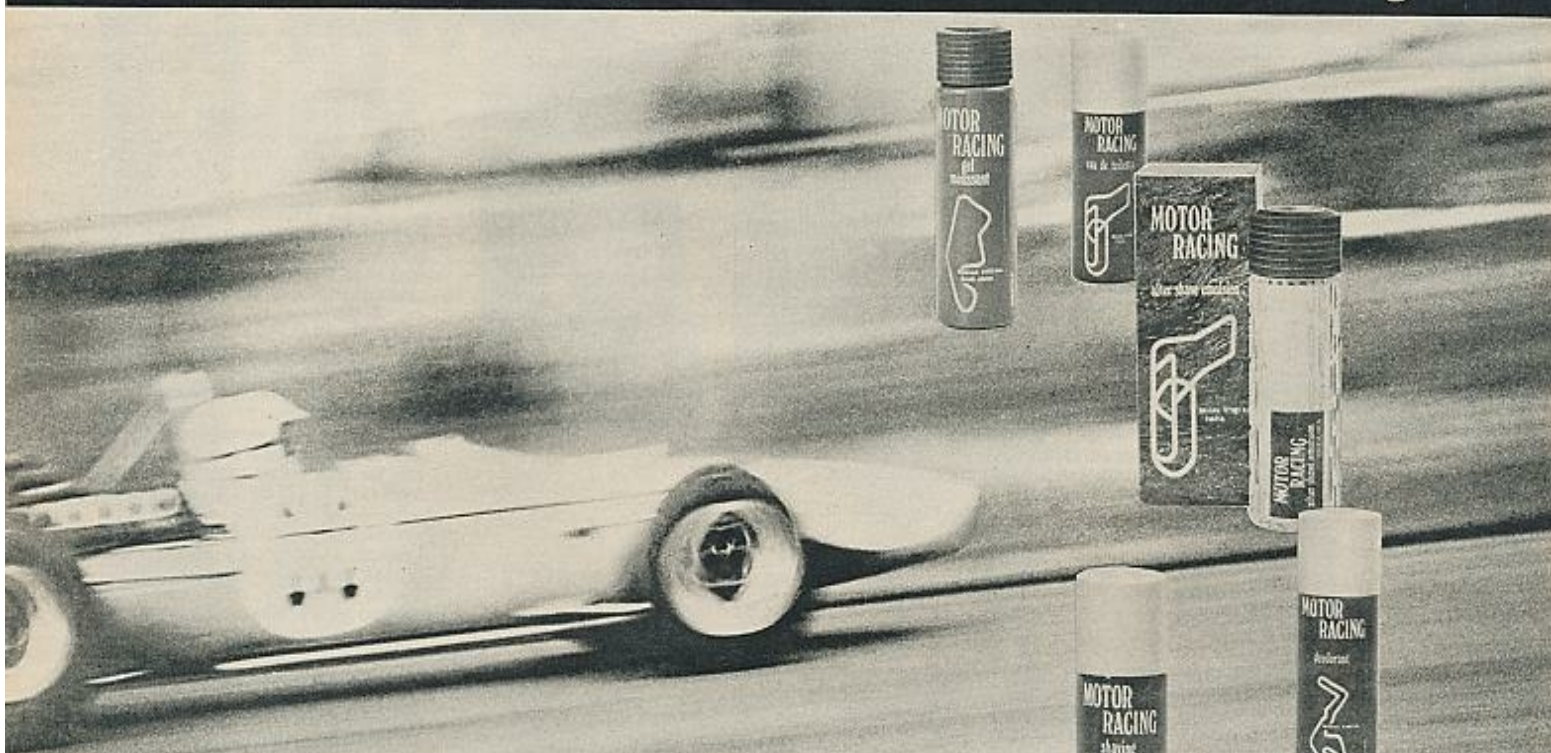
Tomemos esta última. Es un hecho conocido que las clases degeneran en sus zonas más críticas y producen grupos marginales. En la Edad Media, la clerecía segregó unos «clericivagantes» que resultaron famosos por la poesía goliardesca, de la misma manera que, en nuestros días, el proletariado da lugar al conocido subproletariado. Igualmente, el campesinado pobre ha dado lugar a la aparición de un subcampesinado, hez social del universo agrícola de la que salieron no sólo los mendigos y demás imaginaria velleinclanesca, sino también un buen número de «gens du voyage», tales como titiriteros, juglares (en su tiempo), feriantes; a los que hay que sumar los oficiales de menesteres regulares: afiladores, cordeleros, cesteros, canteros, alfareros, etc., que, con casa, domicilio y origen fijo, salen periódicamente a recorrer una ruta en la que recoger los dineros que les niega el misero minifundo patrimonial o el amo en tierras de latifundio. Estos viajeros elaboran, además, «jergas de oficio», gran parte de las cuales han sido ya estudiadas por los especialistas. Cabría, pues, pensar que los mercheros fueron originariamente campesinos sin tierra de la España seca que agudizaron el ingenio comercial para sobrevivir.

Pero hay algo que no encaja en este enfoque. Y ello es, en primer lugar, la ausencia de religiosidad católica, que nos produce la impresión de un pueblo con otro sistema religioso, al que se le obligó, mediante represión de tipo inquisitorial, a adoptar las creencias oficiales, como en el caso de los judíos y los moriscos. El resultado sería una falsa conversión y la aparición de una oscura conciencia de rebeldía y un amargo escepticismo. Los mercheros reaccionan ante la extorsión de su cultura con el mismo ácido gesto que María Rosa Lida señala en Fernando de Rojas: desacralizándose. Y esta actitud arreligiosa es la nota inicial que me hace suponer que los mercheros no son un grupo subcampesino, sino un ex pueblo, una etnia desposeída de su fe, de su lengua, de la que apenas quedan unos harapos que nos hablan de su antigua individualidad.

Y dentro de este razonamiento resulta que una serie de rasgos culturales clave son comunes a mercheros y gitanos de todas clases y de todo el mundo, evidenciando su parentesco al mismo tiempo que la diferenciación entre mercheros y calés españoles. Estos rasgos son: el comer erizo; el matrimonio por raptó; la existencia nómada; la organización en clanes sometidos a la autoridad de un baranda (de la raíz romani bar, que designa excelencia, jefatura); el castigo de excomunión; la creencia en muertos vagantes (en romani, mufó); la presencia en su habla de gran número de palabras de raíz romani; el concepto de «choripén» (del romani básico churav), y general falta de respeto a la propiedad paya, etcétera. Pese a todo, el escasísimo desarrollo de la gitanología en España, e incluso su tardío desarrollo en Europa como rama de la ciencia etnográfica, ha dado como resultado que al referirse a lo

MOTOR RACING

presencia de triunfo



MAXIMA DISTINCION A LA CALIDAD
III Medallas de Oro.



MONDE SELECTION
Bruselas 1971



eau de toilette
deodorant
shaving foam
lather shaving cream
after shave emulsion
after shave lotion
pre shave lotion
gel moussant
soap

MOTOR RACING la línea masculina que siempre vence



SEGURA/BARCELONA

LOS MERCHEROS

gitano en la Península, desde Borrow hasta Francesc Botey y a las actuales revistas del Apostolado Gitano, pasando por Julio Caro Baroja, nadie se haya referido ni tenido en cuenta a los mercheros. Como, por otra parte, la sociología de los sectores marginales, al estilo de la «Sociologie du Vagabondage», de Alexandre Vexlar, tampoco ha tenido mucho uso entre nosotros, no podemos señalar matices entre gitanos y nómadas no gitanos. Y esto se revela fundamental para determinar el gitanismo merchero.

Creo, sin embargo, que los mercheros (con independencia de la coincidencia de su nombre en el de los Mesheri rumanos) son otros gitanos. No los que siempre hemos visto y considerado como tales, sino otro pueblo nómada con una remotísima raíz idéntica que, originario de la India, llegaría a nosotros tras de largas rutas a través de Europa, mientras que los calés se separarían del tronco común a la altura del Próximo Oriente, viajarían por el Norte de África y llegarían a España desde Marruecos.

Planteadas así las cosas, intentaré una clasificación de los gitanos peninsulares, en la que incluyo a los mercheros. Creo que nunca se ha hecho, y merece la pena.

1.° Los kalderash.—Llamados en España húngaros. Se hallan asimilados a etnias europeas y se expresan en rumano o ruso (no puedo afirmarlo), aunque poseen—como todos los grupos gitanos—un romaní como habla propia. Francesc Botey («Lo gitano, una cultura "folk" desconocida») asegura que hay pocos grupos, y «conservan periplos ambulantes entre Portugal, Extremadura y el reino de León, y se dan cita en el viejo Zurguén de Salamanca». Ignoro a qué grupos kalderash pertenecen, pero en los años cuarenta podían verse grupos boyhas o ursari, de Transilvania, exhibiendo cabras, osos y monas amaestradas, lo que constituye su especialidad. Sabemos, por otra parte, que gran número de gitanos rumanos emigró a Rusia en 1860. El abuelo del escritor gitano Matéo Maximoff llegó a ser el baró de todos ellos en 1910, y posteriormente sus hijos se esparcieron por toda Europa y una rama llegó a España (véase J. P. Clébert, «Los gitanos»).

2.° Los gitanos propiamente dichos.—Llamados calés (singular, caló), calorros, calorados (por los mercheros), de kaló, que en romaní significa «negro». Tienen la tez oscura y un aspecto exótico. El hecho de hallarse en su habla gran número de palabras de origen árabe y ninguna germánica, hizo pensar a los gitanólogos que entrarían en la Península por el estrecho de Gibraltar, procedentes del Norte de África. Se acomodaron en el Mediodía de la Península y se dejaron asimilar por la etnia portuguesa y española, cuyas lenguas hablan, además de un romaní peculiar llamado caló o calão (en Portugal). Después de haberse acomodado a las costumbres meridionales ibéricas se extendieron al Norte y pasaron al Sur de Francia. También existen en el Norte de África.

3.° Los mercheros.—Llamados quinilleros o «quinquis». Tienen la tez clara, los pómulos pronunciados y son, con frecuencia, rubios y de ojos

claros. Tengo la sospecha de que pertenecen al mismo grupo que los manouches («valsikanés» o «sinti» franceses), los «gaygikanés» o «sinti» alemanes y «piamontesi» o «sinti» italianos. Todos estos grupos, incluidos nuestros mercheros, tienen unas mismas características raciales, utilizan la palabra manús para designar al «hombre» (sánscrito manusa: hindí manus) y son los únicos que en Europa conservan el matrimonio por raptó.

Según mi hipótesis, los antepasados de los mercheros serían aquellos primeros gitanos que aparecen documentados en la Península en la segunda mitad del siglo XV, que entran procedentes de Europa. Los calés entrarían, en fecha no fijada, por el Sur quizá al mismo tiempo. De manera que cuando Clébert se preguntaba, intrigado, dónde y cuándo ambos grupos se encontraron (presuponiendo su fusión), no sabía que la interrogante estaba mal planteada porque ambos grupos no se confundieron nunca: permanecen sin mezclarse en nuestros días y conservan un vivo antagonismo.

Los mercheros hablan un castellano norteño y utilizan, paralelamente, un habla propia a la que llaman romanó merchero. No conozco suficientemente ni su vocabulario ni su estructura, pero es distinta del caló gitano y del argot de maleantes.

Podemos hacer la siguiente división entre los mercheros:

a) Los mercheros propiamente dichos. Todo el presente trabajo está referido a ellos. Consideran inferiores a los siguientes.

b) Remuelcos. Castellanos y andaluces. Estañadores, hojalateros, chatarreros, vendedores ambulantes. Existe un grupo que nomadea por el Norte de España que se ofende si se le llama «quinquis» o mercheros y que se consideran a sí mismos vascos.

c) Moinantes. Gallegos. Su lengua es el gallego y un habla que no he estudiado suficientemente, aunque coincide mucho con el romanó merchero. Recorren ferias y fiestas con casetas y puestos de atracciones, también son chatarreros. Son nómadas con puntos de concentración, sobre todo invernal, en Lórez (Pontevedra) y Carballo (La Coruña).

No puedo dar seguridades sobre el gitanismo en estos dos últimos grupos. ¿Son gitanos en la medida que creo que son los mercheros propiamente dichos? ¿Se trata, por el contrario, de cruzados o mestizos, como es el caso de los posh-rats y los didakais de Inglaterra, según Charles Duff en el epílogo a la traducción inglesa del libro de Clébert? ¿O constituyen grupos de gente sin asiento, de origen payo, como parecen ser los yénishe alemanes?

Naturalmente, sé que, salvo en su parte documental, estos artículos caminan sobre arenas movedizas, esas que tanto odia el pueblo Rom. Me gustaría, sin embargo, que los antropólogos vinieran a darme la razón en las tesis que aventuro y a responder a los interrogantes que dejo planteados. De todos modos, como dice Webb («Gypsies: the Secret People»), «uno no puede estar nunca seguro en materia de gitanos». Gran verdad. ■
X. L. M. F. Fotos: EUROPA PRESS.



ROYALE AMBREE

AGUA DE COLONIA
famosa desde 1919

LEGRAIN

PARIS